

El pastor que otra vez la llama ardiente
Sintió de Amor en el pellico blando,
Cuando Cupido la inmortal corriente
De las causas estuvo averiguando;
Con sabia astucia y con nonor prudente
Del amoroso prado levantando,
A Venus deja y á su Amor burlada
Con una muy hermosa retirada.

Sombras, si entonces el dolor sagrado
Huyó del corazon á los retiros
De Cintia, que perdió su enamorado,
Ni oyó la ciega noche sus suspiros;
Yo lo que oi no mas os he contado,
Mas lo que imaginé no sé deciros.
Icaro ya mi voz, Icaro llama:
Espera un poco, presumida fama.

IDILIO

FIN DE ENDIMION.

FÁBULA DEL GENIL,

POR PEDRO ESPINOSA.

IDILIO.

Tambien entre las ondas fuego enciendes,
Amor, como en la esfera de tu fuego,
Y á los dioses de escarcha tambien prendes
Como á Vulcano con laseivo juego;
Del sacro olimpo á Júpiter descienes,
Y á Febo dejas, sin su lumbre, ciego,
Y á Marte pones con infame prueba
Que de tu madre las palabras beba.

El claro dios Genil sintió tus lazos,
Que á la náyade Cinatis adora;
Ella le hace el corazon pedazos,
Y él crece con las lágrimas que llora;
Corta las aguas con los blancos brazos
La ninfa, que con otras ninfas mora
Debajo de las aguas cristalinas
En aposentos de esmeraldas finas.

El despreciado dios su dulce amante
Con las náyades vido estar bordando,
Y por enternecer aquel diamante,
Sobre un pescado azul llegó cantando;
De una concha una citara sonante
Con destrisimos dedos va tocando;
Paró el agua á su queja, y por oilla
Los sauces se inclinaron á la orilla.

« Vosotras, que mirais mi fuego ardiente,
Seréis, dice, testigos de mi pena
Y del rigor y término inclemente
De la que está de gracia y desden llena;
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente
Que es de una sierra de cristales vena,
Soy dios, y con mis ondas fuera Tétis,
Si no atajara mi camino el Bétis.

« Vestida está mi margen de espadaña
Y de viciosos apios y mastranto,
Y el agua clara, como el ámbar, baña
Troncos de mirtos y de lauro santo;
No hay en mi margen silbadora caña
Ni adelfa, mas violetas y amaranto,
De donde llevan flores en las faldas
Para hacer las hénides guirnaldas.

« Hay blandos lirios, verdes mirabeles
Y azules, guarnecidas alhelies,
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubies;
Hay ricas alcatifas y alquiceles
Rojos, blancos, gualdados y turquies,
Y derraman las auras con su aliento
Ámbares y azahares por el viento.

« Yo, cuando salgo de mis grutas hondas,
Estoy de frescos palios cobijado,
Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi margen veo estar honrado;
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las Napeas que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.

« Así del olmo abrazan ramo y cepa
Con pámpanos arpados los sarmientos,
Falta lugar por donde el rayo quepa
Del sol, y soplan los delgados vientos;
Por flexibles tarahes sube y trepa
La inexplicable biedra y los contentos
Ruisñores trinando: allí no hay selva
Que en mi alabanza á responder no vuelva.

« Mas ¿qué aprovecha ¡oh lumbre de mis ojos!
Que conozcas mis padres y riqueza,
Si despreciando todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?»
Dijo, y la ninfa de matices rojos
Cubrió el marfil, y vuelta la cabeza,
Con desden da á entender que el dios la enoja,
Y arroja el bastidor y el oro arroja.

Quedó elevado así, como se encanta
El que escuchó la voz de la Sirena;
Helósele su voz en la garganta
Como cercado de engañosa hiena;
No tanto á virgen temerosa espanta
Serpiente negra que pisó en la arena,
Ni al yerto labrador en noche triste
Rayo veloz que de temor le embiste.

En si volvió del ya pasado espanto
Cuando quiso el contrario del contento,
Y halló que las aguas de su llanto
Le llevaban nadando el instrumento;
La libertada cólera entre tanto
Le obligó á que dijese y el tormento;
« ¡Oh tú, hija de montes y de fieras,
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras.»

Dijo así, y codicioso del trofeo,
Al alcázar del viejo Bétis parte,
Cuyo artificio atrás deja el deseo,
Que á la materia sobrepuja el arte;
No da tributo Bétis á Nereo,
Mas como amigo sus riquezas parte
Con el que es rey de rios, y los reyes
No dan tributo, sino ponen leyes.

Ve que son plata lisa los umbrales,
Claros diamantes las lucientes puertas,
Ricas de clavazones de corales,
Y de pequeños nácares cubiertas;
Ve que rayos de luces inmortales
Dan y que están de par en par abiertas,
Y los quiciales de oro muy rollizo,
Que muestran el poder de quien los hizo.

Columnas mas hermosas que valientes
Sustentan el gran techo cristalino;
Las paredes son piedras transparentes,
Cuyo valor del occidente vino;
Brotan por los cimientos claras fuentes,
Y con pié blando en liquido camino
Corren cubriendo con sus claras linfas
Las carnes blancas de las bellas ninfas.

De suelos pardos, de mohosos techos
Hay doscientas hondísimas alcobas,
Y de menudos juncos verdes lechos,
Y encima colchas de pintadas tobas;
Maldicientes arroyos por estrechos
Pasos murmuran entre juncias y ovas,
Donde á los dioses del profundo sueño
Cubre de adormideras y beleño.

Vido, entrando Genil, un virgen coro
De bellas ninfas de desnudos pechos,
Sobre cristal cerniendo granos de oro
Con verdes cribos de esmeraldas hechos;
Vido, ricos de lustre y de tesoro,
Follajes de carámbano en los techos,
Que estaban por las puntas adornados
De racimos de aljofares helados.

Un rico asiento de diamante frio
Sobre gradas de nácar se sustenta,
Donde preñadas perlas de rocío
Al alcázar dan luz, al sol afrenta.
El venerable viejo, dios del río,
Aquí con santa majestad se asienta,
Reclinado en dos urnas relucientes,
Que son los caños de abundantes fuentes.

Ya que huyó la admiración del fuego,
Que abrasaba al amante despreciado,
Su queja al padre Bétis cuenta luego,
No sé si mas lloroso que turbado;
Dió luz á su justicia estando ciego
De lágrimas que amor había brotado,
Y no hubo menester el dios amigo,
Ni mas informacion ni mas testigo.

«No será tu afición con desden rota,
Le dice Bétis, que tambien tu orilla
Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Júpiter su silla;
Granada de tus templos es devota,
Si hecatombe á mis templos da Sevilla,
Y por tí gozo ilustres vasallajes
Desde el Hispades dulce al negro Arajes.»

En Cólcos, junto á un ancho promontorio,
Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de abalorio,
Un Triton que á servir á Bétis vino;
A este manda llamar á consistorio
A todos los del reino cristalino,
Los cuales, al sagrado mandamiento
Vienen viniendo por el agua el viento.

Ricas garnachas de riqueza suma
Unos visten de tiernas esmeraldas;
Otros, como á la garza fácil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas
Con ropas blancas de cuajada espuma;
Otros vienen ceñidos con guirnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos
De tiernas flores y de tallos tiernos.

Cuántas viven en fuentes ninfas bellas,
Que burlan los satíricos silvanos,
Que arrojándose al agua por cogellas,
El agua aprietan con lascivas manos,
Vinieron, y á una parte las doncellas,
A otra los mozos, y á otra los ancianos,
Se sientan, cual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.

FIN DE LA FÁBULA DEL GENIL.

Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al biando aliento,
Y las vistas suspensas y divinas
A Bétis fueron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, él con grave movimiento
Sacudió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo y llovió el techo.

«No con el mar de España tengo guerra,
Dice, ó saliendo de mi margen corva,
Quiero cubrir las faldas de la tierra
Mientras teme dudosa que la sorba;
Ni pardo monte ni cerúlea sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro dios divino
Que ha merecido á Bétis por padrino.

»Tú, Genil, á quien ciñen mirto y lauro,
No cañaveras frágiles, tus sienes,
Y, como el Cindo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes;
Tú, aquel potente dios á quien el Dauro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus ninfas en liviano coro
Para darte tributo ciernen oro;

»Hoy gozarás de Cínaris los brazos,
Y tú, ninfa, el valor de ser su esposa,
Y en legitimo fuego y dulces lazos
Dejaréis á Cidálida envidiosa.»
Dijo, y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo al tierno llanto, que comienza,
Rojo color de virginal vergüenza.

No hay dios á quien el llanto no recuerde
Si con la compasion hace su tiro,
Y así el aljofar que la ninfa pierde
Costó mas de un sollozo y de un suspiro;
Y hubo alguno que el crin de sauce verde
Tendió sobre la frente de zafiro;
Mas los arroyos que á la puerta estaban
Del desden de la ninfa murmuraban.

Como cuando en sollozitos tropes
Por mayor majestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de doseles,
Entre selvajes cercas de tomillos,
Guardando rubias Perezosas mieles
En urnas de panales amarillos,
Se oyeron las abejas en escuadra,
Así el rumor por la soberbia cuadra.

Lágrimas líbias de tus luces bellas
Llueves en tanto que Genil te imita,
¡Oh Cínaris! mas todas tus querellas
Bétis mirando, el caso facilita;
Que el melindre, que es dado á las doncellas,
Piensa que el libre espíritu te quita,
Y así, queriendo un monte hacer llaro,
La mano de Genil puso en tu mano.

Llenos de envidia noble se levantan
Los dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: «Himeneo, himeneo.»
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó llorando en agua convertida.

LA RAQUEL,

DE DON LUIS DE ULLOA Y PEREYRA.

De los triunfos de amor el mas lucido,
El trance de dolor mas apretado,
La causa de poder mas ofendido,
El fin en el favor mas desdichado,
El rigor mas cruel que ha cometido
Violencia irracional, canto inspirado,
No por conceptos de mi genio solo,
Yo los escribo, dictados Apolo.

Vos, Principe, que fuisteis el primero,
El único seréis á quien elija
Mi musa en su defensa, porque espero
Razon de que se valga y se corrija,
Y que, alumbrada del mejor lucero,
Al templo de la Fama se dirija,
Donde, si vuestro amparo la defiende,
No inmunidad, veneracion pretende.

No presumo, Señor, que se suspenda
La integridad del publico cuidado;
Si que, avara Partenope, no entienda
Que profano incapaz vuestro sagrado;
Deidades hace la votiva ofrenda;
Aun es mas que reinar ser invocado,
Y yo ni al ocio el embarazo intento:
Bastaréis para mí menos que atento.

Oidme pues, acaso, que yo fio
Que os he de disponer aclamaciones,
Donde el exceso de calor y frio
Hacen inhabitables las regiones;
Llevando en alas del aliento mio
Vuestro nombre á las últimas naciones,
Para que le veneren cada una
Por mayor que la envidia y la fortuna.

Después que coronado de victorias,
De Alfonso Octavo el militar denuedo
Dió materia feliz á las historias,
Y puesto el orbe en respectivo miedo
Consagró de las Navas las memorias
En el inclito templo de Toledo,
Quiso dar á las leyes la voz viva
Que el sordo estruendo de las armas priva.

Fatigaba el católico deseo,
En la pureza de la fe celoso,
Asegurarse del contagio hebreo,
Al comercio de fieles peligroso;
Que la torpeza de los vicios feo,
Y en la supersticion escandaloso,
Sembrando la cizaña su porfia,
Aun estorbaba cuando no nacía.

Ya, viéndose vencidas las razones
Contrarias al estado en el delito,
Que no hay verdad segura de opiniones
Y tiene defensor cada delito,
Se repitió con públicos pregones
Justo destierro del infame rito:
Tembló la Sinagoga al gran decreto,
Estremecida del comun aprieto.

Y en una junta que formó secreta
Ruben, que por pontífice aquel año
El crédito lograba de profeta,
Menospreciando en el peligro el daño,
Dijo que á hermosa virgen se cometa
Solicite del Rey el desengano,
Y que será, con ánimo constante,
Segunda Ester en caso semejante.

Eligióse Raquel, en quien se via
Toda la perfeccion sin competencia,
Y el mas hermoso resplandor del dia
Vistió de luto en la primer audiencia;
Y con tan inclinada cortesía,
Que mas fué adoracion que reverencia,
Salió el aurora de nublado velo,
Y á las plantas de Alfonso se vio el cielo.

Y libres del cendal las luces bellas,
Que dejaron al Rey en ceguedades,
Verificó mejor que las estrellas
La fuerza de inclinar las voluntades.
¡Qué facil los discursos atropellas,
Si con muda elocuencia persuades,
Hermosura infeliz, siempre nacida
Para mortal estrago de la vida!

Desconocese el Rey cuando examina
La diferencia que en el alma siente:
En gustoso tormento se imagina
O en pena que le aflige dulcemente;
Y el alivio engañoso que destina
Por lisonja del ánimo doliente,
Hace que del veneno se reanueve
La sed ardiente que la vista bebe.

La majestad cobarde se retira
Introduciendo la desconfianza,
Y viéndose mirar cuando no mira,
Descubre y no conoce la esperanza.
Raquel, que en el extremo de la ira
Halló tan improvisa la mudanza,
Extrañaba el enojo por suave,
Y turbábala mas lo menos grave.

Al dar el memorial tembló la mano,
Y al recibirla el Rey endurecido,
Todas las señas recató de humano,
Hasta que de las ansias oprimido,
Olvidó en el semblante soberano
La violencia, y en partes dividido,
Algun afecto que dejó los lazos
Fuera suspiro juntos los pedazos.

Volvió á cobrarse, que permite el fuego
En los principios tanta resistencia,
Y por fingir que se negaba al ruego,
Sin fenecerla levantó la audiencia;
Y entrando á sosegar tan sin sosiego,
Que cada accion envuelve una violencia,
Cerró la puerta golpe acelerado
Para doblar la llave y el cuidado.

Cercado de rebeldes invasiones,
En los reparos del combate piensa,
Temiendo las humanas prevenciones,
Que se conjuran todas en su ofensa;
Estrechan mas el sitio las pasiones,
Y sola la razon á la defensa
En todas partes vigilante estaba
A cuantas armas el amor tocaba.

Por frecuentes temblores que sentia
Temió que el corazon se le minaba;
Fuéle á reconocer, y vió que ardia
Por una parte, y que por otra helaba;
De varios elementos se valia
El ingeniero que el volcan formaba,
Porque en Vesubio racional se prueba
La mezcla de la llama y de la nieve.

Raquel en tanto, menos discursiva
Que crédula del Rey á la dureza,
Quiso culpar la presuncion altiva
En la lumbre del sol de su belleza;
Que reducir del monte fugitiva
Pudo la fiera de mayor rudeza,
Y en rayos mas activos y suaves
Examinar la reina de las aves.

Neutral, desconfiaba y presumia,
Borrando un accidente otro accidente;
Ya salir de palacio pretendia,
Y ya lo ejecutaba negligente;
Cuando advertida de que el Rey queria
Revocar el destierro de su gente,
El temor del enojo se deshace,
Y otro temor de la esperanza nace.

Quedó á la novedad menos inquieta,
O mas osadamente quedó hermosa,
Y en su semblante amaneció perfeta
La luz que se eclipsaba temerosa,
Sucediendo á la cárdena violeta
La púrpura soberbia de la rosa,
Y lo aparente del celeste ornato
Dejó de ser temor y fué recato.

Así, despues que se crió señora
Del alcázar de Amor Siquis ufana,
La recató la soledad, autora
De las libres ofensas de Diana;
Y entre las opulencias, donde ignora
Si las ministra diligencia humana,
De voces invisibles asistida,
Temió la honestidad y no la vida.

Sobre seguridad del vencimiento,
Espera el Rey á la infeliz hebreá;
Llega, vuelve á mirarla mas atento,
Y sin contradiccion teme y desea;
Y para que el glorioso rendimiento
Ya de la angusta fortaleza crea,
En la parte mas alta convenidos,
Victoria apellidaron los sentidos.

No rumores de bélicos clarines
Dieron principio al amoroso asalto;
El aura sí, movida en los jazmines,
Que coronan el álamo mas alto,
Y el eco derramado en los jardines,
Nunca al ejemplo del deleite faltó,
Que repite de dulces ruisenores,
Ansias de celos, lástimas de amores.

Juntóse la eleccion, con el destino
El trato, en que las llamas se eternicen;
Lo misterioso de su ser divino
Elogios inmortales solemnecen,
Y rindanse á su efecto peregrino
Cuantos conjuros los encantos dicen,
Cuantos engaños los hechizos hacen,
Cuantos venenos en Tesalia nacen.

Quiso decirse entonces que recibe
Fuerza con el auxilio del encanto
Vénus, y que á sus gustos apercibe
Tristes ministros del oscuro llanto;
Ella, que en las empresas que concibe
Sabe que por sí sola puede tanto,
Burlando de rumores ignorantes,
Estrechó la prision de los amantes.

Equívocas las almas, no sabian,
En éxtasis de dulces confusiones,
Si una por otra se sustituian,
O juntas animaban las acciones;
Y las ciegas lazadas reducian
A tan estrecha union sus corazonces,
Que al formar los alientos se trocaban
O con un movimiento respiraban.

Ya no son dos las vidas, ni se admite
Division de potencias racionales;
Cada sugeto juntas las repite,
Tratándose por términos mentales;
Y tanta elevacion se les permite,
Que sin voz, sin carino, sin señales,
Por milagro de amor que comprehenden
Se acuerdan, se enamoran y se entienden.

Amor no se celebre que trajese
La luna hasta la tierra su deseo,
Que al cielo Ganimedes ascendiese,
Y que el abismo penetrase Orfeo;
Todo en el culto de tus aras cese,
Y en la solemnidad deste trofeo
Solo te aclamen victoriosas palmas,
Dios de los dioses, alma de las almas.

Un príncipe clemente, justiciero,
Victorioso, feliz, sabio tuviste,
Guardando de un halago lisonjero
Oscura cárcel de tiniebla triste;
Donde del tiempo ni al mordaz acero
Limar alguna parte permitiste
Que diese en el espacio de siete años
Un átomo de luz á sus engaños.

En tanta noche la razon dormida,
Ya con el clavo del gobierno roto,
De la justicia y de la fe oprimida,
Zozobraba la nave sin piloto;
La paz por todas partes combatida
En las ondas del público alboroto;
El reino, sin el sol que le alumbraba,
En tenebrosa oscuridad estaba.

Y porque tanto fuego no emprendiese
Mayor incendio con mayor olvido,
Llegó á tratarse que el remedio fuese
Entre los ricos hombres prevenido;
Y como á tales juntas asistiese
En el lugar del voto preferido,
Por calidades de prudente viejo,
Así fué de Alvar Nuñez el consejo.

Ya por vuestra desdicha, castellanos,
Del Hércules sabéis, que os gobernaba,
Cómo le cercan pensamientos vanos,
De nueva Yole la prudencia esclava;
Y que olvidadas las robustas manos
Del peso formidable de la clava,
Lisonjeando de niñas el estilo,
Al huso femenino fuercen el hilo.

Esta de la nacion mas infamada
La sangre de los godos amancilla;
Su voluntad es ley tan venerada,
Que falta adulacion para cumplilla,
Cuando á su arbitrio la cerviz postrada,
O cobarde, inclinamos la rodilla,
Como propio recibe el homenaje,
Como ajeno le trata en el ultraje.

Poco juzga de sí cuando consiente
Humilde adoracion de los mortales,
Si no pasa con ánimo insolente
A gobernar los astros celestiales;
Si la cansan las noches, obediente
De Neptuno á los líquidos umbrales,
O se detiene el sol ó lo parece,
Si la enfadan los dias no amanece.

Alfonso, del ardiente iman tocado,
Sigue la falsa luz de sus estrellas;
En piélago de llamas anegado,
O en espumoso golpe de centellas,
Siempre de nuestras voces retirado,
Sordo al despacho, mudo á las querellas;
Con que en el ocio la discordia nace,
Yace el gobierno y el estado yace.

Con lastimosas lágrimas contemplo
Cuánto las obras de virtud se truecan,
Y cómo llega la codicia al templo,
Donde las fuentes de piedad se secan,
Obedeciendo todos al ejemplo,
Que los principes mandan cuando pecan,
Y en la vida culpable de los reyes,
No son vicios los vicios, sino leyes.

Oficio es el reinar ó ministerio
Que servidumbre espléndida se llama,
Y en el mayor poder es el imperio
Mas corto si se ajusta con la fama;
Entre Neron, Caligula y Tiberio
Voluntario el deleite se derrama;
En las fatigas de los reyes justos
Ignóranse los nombres de los gustos.

De una ramera torpe en la esperanza
Vivimos, ó suspensos ó postrados,
Siendo el arbitrio de su fiel balanza
Los premios y castigos ponderados;
Solo la liviandad de su mudanza
Nos tiene desvalidos ó privados;
Tanta paciencia en pechos varoniles
No los hace leales, sino viles.

No siempre en lo profundo del secreto
Está nuestra paciencia suspendida;
Haga ruido el dolor con el aprieto
Y parezca viviente nuestra vida;
Permitase que dentro del respeto
Gima la lealtad tan oprimida,
Si el furor de un exceso en otro exceso
Arriesga que se rompa con el peso.

No la corona del mayor planeta
Dejes que asombre mas planta lasciva,
Que oprime lo que finge que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva;
Rayos que presten la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Cuando por nudos tan estrechos pasen,
Respeten el laurel, la hiedra abrasen.

Sacrifiquemos esta ofrenda impia
En gracia de los reyes ofendidos,
Que fueron con violenta tiranía
En voluntarios lazos oprimidos;
Hallará en este ejemplo la osadía
Con que les embarazan los sentidos,
Para recelo del osado intento,
Esmaltado de sangre el escarmiento.

Aquí llegaba ronco, y prosiguiera
Concitando los ánimos feroces,
Si de Fernando Illán no se opusiera
La lozania con airadas voces;
«Tú, que lo ardiente de la edad primera,
Le dijo, entre cenizas desconoces,
Como incapaz el accidente culpas
De mas ejemplos y de mas disculpas.

Resplandor celestial que se deriva
De la divinidad es la belleza,
Y se descubre con la luz mas viva
Entre las almas de mayor pureza;
Amarla es la virtud con que cultiva
Toda su perfeccion naturaleza,
Y es de la humanidad frágil defecto
Pasar á destemplanza en el afecto.

Es el amor deidad tan misteriosa,
Que con ningún concepto se percibe;
Signiéndolo su bandera victoriosa,
Milita todo cuanto siente y vive;
Aman los elementos la forzosa
Correspondencia que su ser recibe,
Amanse las estrellas á su modo,
Ama el Autor universal de todo.

Sin haberse ajustado á la medida
Del pecho celestial, ni haber hallado
Alfonso de la ciencia encarecida
Lo que se llama infuso ó inspirado,
No es de sus capitanes homicida,
Ni sacrilego el templo ha profanado,
Introduciendo en ceremonias feas
Ritos de concubinas idumeas.

Amar la imágen del Autor supremo
Adonde mas perfecto resplandece
Es la substancia del delito extremo,
Que tu discurso bárbaro encarece;
Y que no asiste del gobierno al remio
Todo lo que á tu antojo le parece,
Remitiendo el imperio, en que de paso
De tu veneno se derrama el vaso.

Llévanse á fuer de varios temporales
Los reyes, como el cielo los envía,
Y en votos y plegarias de leales,
De su justicia la igualdad se fia;
No hay otro medio licito en sus males,
Ni solo es la violencia alevostia;
Las no muy limitadas persuasiones,
Los consejos prolijos son traiciones.

Y tu brutalidad, que atroz imita
Al caribe voraz, que hambriento vierte
La sangre humana, sediciosa incita
El pueblo, y á su envidia le convierte,
El fin de la hermosura solicita,
Y al alma de su Rey traza la muerte;
¿Cómo no llueve fuego prodigioso
Júpiter en tu intento escandaloso.

No pudo decir mas por el estruendo
Que lo estorbó del pueblo conmovido;
Ya su costumbre bárbara eligiendo,
Todo lo racional quedó vencido,
Y la parte cruel obedeciendo
La rudeza del público alarido,
En repetidas confusiones era:
«Raquel ha de morir, ó Raquel muera.»

Y para que el intento imaginado
Mas breve y fácil mas se ejecutara,
Fue cómplice la caza, celebrado
Divertimiento que el poder ampara;
Arte á las majestades dedicado,
Que la fatiga del reinar repara;
Empresa que las fuerzas ejercita
Y las agilitades habilita.

A los montes salió menos distantes
El engañado Rey, no sin recelo,
Que para vaticinios los amantes
Tienen afinidades con el cielo;
En la primera noche los instantes
Cuenta ausente por siglos el desvelo,
Hasta que á sus errores le convierte
El perezoso hermano de la muerte.

Parécete soñando que los vientos
Remueven juntos la discorde guerra,
Y en todos los etéreos movimientos,
O que se trueca el orden ó se verra;
Que mudan su lugar los elementos,
Y el sol, no permitiéndose á la tierra,
Así como en el luto de Tiestes,
Retira las demás luces celestes.

Con triste duelo, con funeste llanto
La madre del amor se le aparece,
Y en sangrientos pedazos, de su encanto
Deshecho todo el ídolo le ofrece;
Envuélvese el dolor con el espanto,
Y el ansia congojosa que padece
Le levanta ó le arroja, si no muerto
O no dormido, bien ó mal despierto.

No lo incierto del sueño le asegura,
Ni en las dificultades se sosiega;
Sabe que no es dichosa la hermosura,
Que todo es fácil á la envidia ciega;
Que no merece parte en la ventura
Quien á los hados perezoso ruega,
Y quisiera ligarse al pensamiento
Para entrar en Toledo por el viento.

De animado relámpago se fia,
Al céfiro legitimo heredero,
Que las exhalaciones compelia
Del alma de su dueño, y lisonjero
Tanto esfuerzo el aliento en la porfia,
Que arrojado no fuera tan ligero,
Con ansia de alcanzar cada suspiro,
En el vuelo de un sacre ni en el tiro.

Estaba el año de la edad adulta
En el principio con que ostenta ufano
La preñez que en los árboles resulta
De las virilidades del verano;
El alma Ceres con virtud oculta
En verdes mieses multiplica el grano,
Y ordena Juno que Fabonio vuelva
Para esmaltar florifera la selva.

Y aunque la hermosa amante ver quisiera
El calor en la noche remitido,
No deja su epiciclo por esfera
De las divinas luces elegido;
Que si no aljaba de las flechas, era
Taller de los arpones de Cupido,
Con que todos los tiros son mortales,
Afiladas las armas en cristales.

Del lazo, en que se prenden, importuno
Libra los hermosísimos cabellos,
Y para suspenderse en cada uno
Quisiera amor innumerables cuellos;
No fuera su color tan oportuno
Si todo el sol se trasformara en ellos;
Por milagro de amor naturaleza
Juntó la oscuridad y la belleza.

Borrónes son las luces con que ordena
De rosicler el alba los colores
Cuando compiten de su tez serena
Con la mezclada lucha de las flores,
En que salen mas veces la azucena,
Y alguna los claveles vencedores;
Solo los labios en que amor reposa
Admiten pura la flamante rosa.

El incendio divino de sus ojos,
Que á vencimientos celestiales pasa,
Para lograr eternos los despojos,
Anima, no consume lo que abrasa;
Y en medio de dulcísimos enojos,
Aun cuando alumbran con la luz escasa,
Hallan las almas, que su ardor condena,
Abismo celestial, gloriosa pena.

Las demás perfecciones resplandecen,
Reducidas á union tan soberana,
Que la disculpan si la desvanecen,
Y se compiten por tenerla ufana;
En cuantas hermosuras se encarecen
Nunca se vió la humanidad tan vana,
Ni con tantas divinas calidades
Para poder triunfar de las deidades.

Perdona, Celia, que retrato humano
Ni á tu belleza original ofende,
Ni la osadia de pincel profano
Emulacion sacrilega pretende;
En tu memoria del dibujo vano
Idólatra mi alma se suspende,
Y en fiel demostracion de mi cuidado
A tí te adoro y á Raquel traslado.

Alzando entonces la fatal cortina,
Nemesis permitió que se mostrara
Que los últimos átomos destina
A la labor de Láquesis avara;
El fin de la hermosura determina,
¡Oh cuánto algun soberbio se templara
Si al juzgarse inmortal, hiciera el cielo
Que de su estambre se corriera el velo!

Ya persuadian al mortal reposo
Del sueño, descendiendo las estrellas,
Cuando le turba ruido temeroso
Que da fortuna de iras y querellas;
Y aunque las voces, por lo numeroso,
Eran confusas, se aclaraba en ellas:
« Muera quien nuestra libertad cautiva!
¡Viva la paz y la justicia viva!»

No cuando al fuego de la cuarta esfera
Se vió el hijo de Dédalo tan junto,
Reconociendo liquidar la cera,
Justo castigo del soberbio asunto;
Despeñado, primero que cayera,
Se halló del sobresalto tan difunto,
Como del susto pavoroso muerta
Quedó Raquel al impeler la puerta.

Con la violencia de la gente armada
Tiemblan de las aldabas las hebillas;
Entra furiosa la canalla osada
Resolviendo los quicios en astillas,
«Traidores», fué á decirles, y turbada,
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz y dijo: «Caballeros,
¿Por qué infamais los inclitos aceros?»

«Una mujer acometeis rendida
Como si fuera ejército enemigo!
¿Amar á vuestro Rey, correspondida,
Puede solicitar tanto castigo?
Mezclada de mi sangre y de mi vida,
Toda su majestad vive conmigo;
Podrá vuestro rigor verle deshecho,
Primero que sacarle de mi pecho.»

«Mal pudo á tanto Rey, á imperio tanto,
Resistirse rebelde mi flaqueza;
Estas sangrientas fuentes de mi llanto
Basten á enternecer vuestra dureza;
Y desta vana compostura, cuanto
Tan ciegamente se llamó belleza:»
Rompió las piedras, suspirando entonces,
Y se irritaron los vivientes bronce.

Herida ya una vez, «no se remita,
Dijo, con nueva luz lo que merezco;
A tí, causa primera, solicita
Mi alma en la fatiga que padezco;
A tu piedad, sin límite infinita,
El holocausto de mi vida ofrezco;
Anima tú eficaz mi sentimiento,
Y hasta martirio eleva mi tormento.»

Con las venas sin número rompidas
No apagan de los ánimos voraces
El ansia los sedientos homieidas.
Dureza fué de pechos pertinaces
Repetir tantas veces las heridas;
Pero querer hacerlas tan capaces
Que pudiesen salir dos almas juntas,
Clemencia fué de las crueles puntas.

«Oh mudanza forzosa en la fortuna
Que vanidad en tu valor blasona!
La que á sus plantas ostentó la luna,
Pareciéndole poco la corona,
Ya sin aliento de esperanza alguna
Entre la turba vil que la baldona,
Es víctima sangrienta de villanos;
¿Esto acontece y duermen los tiranos?»

No fué bien de los bárbaros feroces
Ejecutado el prodigioso insulto,
Cuando en las alas de su amor veloces
Y en las tinieblas del temor oculto
Llegaba el Rey, y las dolientes voces
Le fingien un aguero en cada bulto;
Fúnebre luz, que trémula lucia,
Al desengaño trágico le guia.

Reconoció, y el rigor airado
Acusa de los dioses celestiales;
Generoso leon, por esforzado
Y por rey infeliz de irracionales,
Mirando en el semblante destrozado
Las prendas de su alma ya mortales,
Para resucitarlas con bramidos
Pide brutalidad á los gemidos.

En los jazmines pálidos se arroja,
Que deshojados y marchitos mira,
Y explica dolorido la congoja
En la debilidad con que respira;
El clavel, que marchito se deshoja,
Contempla inmóvil, asustado admira,
Y suspendiendo indicios de viviente,
Muestra que siente mas en que no siente.

De los injustos hados al intento
Ya toda la beldad obedecía,
Y con tan apacible movimiento,
Que pudiera lucir cuando vivia;
Al despedirse del postrero aliento,
Para mostrar que el cielo se rompía,
Abrió los ojos, y al cerrarlos luego
Todo lo que alumbró lo dejó ciego.

Dando las señas de su fin constante,
Tres veces se afirmó sobre los brazos,
Y persuadida del preciso instante,
Atropos corta los vitales lazos;
Pártese el alma, y del mortal amante
Sale deshecho en líquidos pedazos
A recibir los últimos despojos
El corazón vertido por los ojos.

Cómo despues de las perdidas horas
Dió el Rey toda la edad al escarmiento,
Labrando las virtudes triunfadoras
A su fama glorioso monumento:
Decidlo, de Hipocrene moradoras;
Permitase al dolor mi desaliento,
Que voz de hierro durará sonora
Cuando espira Raquel y Alfonso llora.

FIN DE LA RAQUEL.